

Reflexiones desde la historia de la ciencia para una historia del INAH

Haydeé López Hernández*

ISSN: 2007-6851

Pp. 2-3.

Fecha de recepción del artículo: enero de 2017.

Fecha de publicación: agosto de 2017.

Título del artículo en inglés: *Considerations: A history of science in the interest of the story of the INAH (National Institute of History and Anthropology).*

Resumen:

Las historias canónicas legadas por personajes como Juan Comas e Ignacio Bernal han dejado una profunda huella en la memoria del gremio antropológico. Pese a ello, desde hace poco más de tres décadas, la reflexión histórica, sociológica y filosófica de las disciplinas antropológicas ha ido en aumento en México, aun cuando está pendiente analizar con detalle el desarrollo y antecedentes del INAH, para replantear el pasado de esta institución de acuerdo a nuestros anhelos actuales.

Palabras clave: Historia, INAH, antropología, fundacional, ciencia.

Abstract

The canonical history inherited by actors such as Juan Comas and Ignacio Bernal have left a deep imprint on the memory of the anthropological community. Nevertheless, for a little more than three decades, the historical, sociological and philosophical reflection of the anthropological disciplines has been increasing in Mexico. Although a detailed analysis of the development and the background of the INAH (National Institute of History and Anthropology) is pending, said examination would allow us to rethink the past of this institute on behalf of the interests placed upon on it.

Keywords: History, INAH, anthropology, foundational, science.

* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia
DEH-INAH, hlopez.deh@inah.gob.mx

Historias fundacionales

Josep Llobera destacaba ya desde la década de los años ochenta del siglo pasado que tradicionalmente la escritura de la historia de la antropología había sido una actividad para el retiro: agotados los años de plena e intensa actividad en el trabajo de campo, llegaba el momento de teorizar y después de escribir una historia de la disciplina, como si la reflexión teórica e histórica fuesen una consecuencia natural de la experiencia en campo y no requirieran de una formación especializada. Se narraron así, quizá ineludiblemente, relatos de grandes descubrimientos y hombres incansables en pos de la verdad que fincaron con tesón los pilares de nuestras disciplinas en una constante e ininterrumpida línea de progreso científico.¹

Fue así como Juan Comas Camp (1900-1979) esbozó la primera historia que daba cuenta del devenir de la antropología como ciencia en el país al narrar en *Trayectoria de la antropología social aplicada en México* (Comas, 1964) el difícil recorrido de sus mentores en la ardua tarea del reconocimiento de la otredad indígena. Es cierto que antes que Comas, el profesor del Museo Nacional, Andrés Molina Enríquez (1868-1940) había realizado un análisis y clasificación de las ciencias, entre las que se encontraba la etnología, y se proponía realizar un estudio exclusivo para esta disciplina (Molina Enríquez, 1935).² No obstante, su *Clasificación de las ciencias fundamentales* (en la que colocaba a la antropología como parte de la zoología) no trascendió en la memoria del gremio, mientras que sus análisis sobre la antrópica y la étnica quedaron inconclusos. Molina Enríquez y Comas pretendían definir a través de la historia la agenda de la disciplina, pero fue Comas —dada la aceptación de su obra escrita— quien inauguró este tipo de reflexiones en el gremio, forjando su memoria y buena parte de sus anhelos.³ Sin embargo, habría que matizar ligeramente la propuesta de Llobera para el caso que nos ocupa. Porque si bien Comas creó la genealogía de la disciplina desde la autoridad que le legaba su trayectoria en campo y no desde una suerte de especialización de la historia de las ciencias, hay que considerar que, al escribir su historia, se encontraba en la cumbre académica y administrativa de su carrera y, en este sentido, su historia era más un complemento al proyecto que había delineado junto con sus mentores y colegas, y no una simple memoria de sus andanzas por el campo.

Tras una larga trayectoria como editor de *América Indígena*, secretario del Instituto Indigenista Interamericano y fundador de la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIH-UNAM), Comas fue uno de los principales mento-

1. Llobera consideraba que, a diferencia de lo ocurrido en otras ciencias, esta situación también prevalecía en la reflexión teórica de la disciplina, pese a la especialización que ya era un hecho para aquél entonces (Llobera, 1980).

2. Hago referencia a los trabajos de Molina Enríquez y de Comas, dado que fueron los únicos que pretendían enfocarse en la etnología en particular. En el caso de la antropología física, Nicolás León escribió "Historia de la antropología física en México" (1919). Otros autores hicieron lo propio con la arqueología, como menciono en la siguiente nota a pie de página.

3. Sin duda, estas historias tienen una importancia pedagógica fundamental en la formación de los nuevos cuadros. Para el caso de la arqueología véase López Hernández (2016) y los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios (1928). Para el caso de la biología véase Guevara Fefer (2014).

res en el ámbito de la antropología física.⁴ En 1964 escribió su historia de la antropología, destacando la forma en la que aquellos hombres que lo acogieron en el país y lo insertaron en la academia (particularmente Manuel Gamio) fueron los herederos de los ideales de los cronistas del siglo xvi y llevaron a cuestras los ideales sociales de la Revolución Mexicana y las últimas novedades de la antropología mundial para forjar una tradición nacional en aras de resolver los problemas de la población indígena que había sido abandonada por los regímenes anteriores.

En la misma tesitura, Ignacio Bernal y Pimentel (1910-1992), luego de ocupar consecutivamente la dirección del Proyecto Teotihuacán (1962-1964), la del Museo Nacional (1964-1968), y la del INAH (1968-1970; 1970-1975), escribió en 1979 *La historia de la arqueología en México*, cuando estaba en la cumbre de su carrera. El libro de Bernal fue el primero de este género que dejó huella en la memoria del gremio, aunque ya antes que él Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953) se había ocupado de una tarea similar, pero sin dejar discípulos que pudiesen perpetuar sus memorias.⁵ Así, Bernal describe magistralmente el nacimiento de una actividad amateur y su paulatina transformación en una disciplina científica moderna en la que los tepalcates, de la mano de las nuevas tecnologías legadas por las guerras mundiales, triunfaban victoriosos por encima de los estudios de gabinete del siglo xix.

Es indudable la importancia de estas historias en la conformación de la memoria del gremio. Poco tiempo después de su escritura, por ejemplo, José Lameiras tornó más robusta la descripción de Comas al adecuarla a la propuesta sobre las revoluciones kuhnianas, mientras que el “triunfo de los tepalcates” de Bernal se volvería casi profético al observar la disciplina hoy. Incluso la obra colectiva *De eso que llaman antropología mexicana y el México profundo* de Guillermo Bonfil (Olivera et al., s.f.; Bonfil Batalla, 1987), pese a ser críticas a la antropología indigenista que defendió Comas, recuperan la genealogía trazada por aquél para fundamentar el linaje de la disciplina. Manuel Gamio y Alfonso Caso, los grandes hombres que las historias de Comas y Bernal destacaron se convertirían —respectivamente— en los padres fundadores de la antropología y la arqueología nacionales.

Con el tiempo estos trabajos se convirtieron en obras canónicas y de consulta en la formación de cada nueva generación, por lo que —en términos de Pierre Bourdieu— se volvieron historias fundacionales y forjaron el imaginario colectivo de la comunidad científica, el fundamento de la doxa y de la definición de ciencia (Bourdieu, 2000: 81 y 82), así como el ethos de la disciplina, muy al estilo mertoniano (comunismo, universalismo, desinterés y escepticismo organizado). Con tales escritos,

4. Sus datos biográficos se pueden encontrar en Pereznieta Castro (ed.) (1980) y Hernández de León Portilla (1978: 195-211). Véase también la entrevista que le hicieron poco antes de su muerte en *Archivo de la Palabra*, exp. PHO/10/9. Para una reflexión más amplia sobre el impacto de la historia escrita por Comas, véase Guevara y López Hernández (2014).

5. Me refiero al artículo titulado “Los estudios histórico-arqueológicos de México”, publicado entre 1929 y 1930 en varios números del Boletín de la Secretaría de Educación Pública. Véase la reedición de esta obra en López Hernández (2016). Cabe aclarar que, antes de este trabajo, tanto Ignacio Marquina como Ramón Mena hicieron recuentos históricos, aunque como antecedentes de sus exploraciones y no como obras históricas. Véase al respecto López Hernández y Pruneda Gallegos (2015). Asimismo, aunque de forma breve, Galindo y Villa (1922) también hicieron referencia a la arqueología.

Comas y Bernal nos legaron la imagen de una antropología de profunda raigambre en los cronistas del siglo XVI, actualmente plena e inserta en el concierto de la ciencia universal, pero innovadora de un estilo nacional acorde con la realidad mexicana. Fue tal el acierto de estas historias que, casi cincuenta años después de su escritura, nos es difícil alejarnos de esta imagen de la antropología y la arqueología en general.

No obstante la importancia de estas narrativas en la consolidación de la memoria histórica de nuestro gremio, el universalismo que sostienen ha sido duramente criticado desde hace algunas décadas. Como destaca Hebe Vessuri, la imagen de una ciencia universal permitió comparaciones simplistas entre los países que tomaron a las potencias económicas como el ideal científico, sin considerar el contexto local de cada desarrollo, bajo el supuesto de que la ciencia era un sistema de valores “acultural” y las agendas de investigación podían juzgarse a partir del mismo racero de cientificidad; en consecuencia, esto daba como resultado una ciencia de primera, la de los países desarrollados, y otra de segunda, la de aquellos subdesarrollados (Vessuri, 1994: 105 y 106).

Posturas como la de Llobera se sumaron a las voces inspiradas en el historicismo de la ciencia y el relativismo de la antropología que clamaban por devolver a la ciencia una base social que le permitiera alejarse de los criterios epistémicos absolutos de verdad para insertarse en las particularidades de cada desarrollo local.

Es en este sentido que Llobera invitaba a llevar al campo de la antropología las discusiones y reflexiones sobre externalismo vs. internalismo, continuismo vs. discontinuismo, su estatus epistémico y origen: a narrar los detalles, a sacar nuestras genealogías victoriosas del álbum familiar y exponer sus claroscuros, aquellas historias ocultas que todos sabemos y no queremos contar, aquéllas que nos explican mejor que cualquier ficción quiénes somos y por qué lo somos. Proponía así, abandonar la incongruencia de la imagen de la familia antropológica armónica y universal que es liderada por Occidente. Llobera también conminaba a la comunidad a dejar las narrativas de corte personal y las genealogías que sólo sirven para defender nuestra idea de tradición, a abandonar la idea de que narrar nuestro pasado es solo un hobby para las mentes brillantes de los grandes maestros en el ocaso de su trayectoria en el campo, a profesionalizar la reflexión, a insertar el devenir de la antropología en el marco general de análisis de la historia de la ciencia y a convertir la reflexión de nuestro pasado en un espacio de interés para la práctica misma.

El campo ha sido fecundo para la comunidad antropológica en México, que además integró las discusiones emanadas de la sociología de la ciencia. Aparecieron entonces las preguntas sobre la formación de las comunidades y se enfatizaron las particularidades de los desarrollos locales de la antropología mexicana. Es así que encontramos la gran obra de compilación de Carlos García Mora sobre La historia de la antropología en México que recientemente ha visto una segunda edición, ahora en versión electrónica; los diversos trabajos de Esteban Krotz (2002); así como el ya clásico *Leviatán Arqueológico* de Luis Vázquez León. A estos esfuerzos se suman las investigaciones y reflexiones del Seminario de Historia, Antropología, Sociología y Filosofía de la Ciencia, de la Dirección de Etnología

y Antropología Social (DEAS), y del proyecto INAH tiempo y nación, de la DEH.⁶ Asimismo, en los últimos años es evidente un creciente interés de varios jóvenes investigadores por la especialización en esta área de estudio, en cuya formación destacan los programas de posgrado de Historia y de Filosofía de la Ciencia de la UNAM.⁷

Claroscuros de la memoria

Pese a estos esfuerzos, y a la importancia del INAH, aún no se han realizado estudios profundos ni detallados sobre su proceso de construcción desde una perspectiva que considere su complejidad histórica, observando la profesionalización e institucionalización como un proceso que trasciende al acto jurídico e implica la negociación entre agentes y agencias de intereses institucionales o personales, la trayectoria de saberes que se encuentran en competencia por detentar el control y ejercicio del saber, el peso de los intereses políticos y sus agendas, así como el vínculo entre el saber y el poder.

Sabemos que el INAH fue fundado por un decreto del general Lázaro Cárdenas el 31 de diciembre de 1938. Conocemos de sobra que fue Alfonso Caso quien lo dirigió por vez primera, y que esta nueva organización integró al Museo Nacional (de etnografía, arqueología e historia) y los museos regionales, así como a las anteriores direcciones de Monumentos Arqueológicos y de Monumentos Históricos, y al poco tiempo (1942) también a la Escuela de Antropología nacida en el seno del Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 1936.

No obstante, generalmente hemos observado este proceso como el natural crecimiento y desarrollo de las instituciones previas; o bien, como la sumatoria de los esfuerzos por generar un campo antropológico de carácter social. Así, hemos considerado que este proyecto implicó la cristalización del pensamiento antropológico en México al reunir en una sola dependencia tanto los estudios antropológicos, como los históricos y los arqueológicos.

En nuestro medio académico ya se estaba imponiendo otro criterio [opuesto al pensamiento antiguo europeo fragmentario], para entonces compartido por la antropología cultural estadounidense y la corriente marxista, aunque con distintos fundamentos, según el cual la antropología es una ciencia unitaria dentro de la que se integran las ramas del estudio físico y las que investigan los aspectos culturales del hombre (Olivé y González, 1988: vol. 7, 208).

6. Buena parte de los resultados del Seminario han sido publicados y abordan los problemas de consolidación de las comunidades científicas y de las disciplinas e instituciones. Véanse: Rutsch, 1996; Rutsch y Serrano (eds.), 1997; Rutsch y Wachter, 2004; y Medina y Rutsch (coords.), 2015. Por su parte, el Proyecto INAH "Tiempo y nación" publicó parcialmente sus resultados en Arboleyda *et al.* (2003: 2-8).

7. Véanse, por ejemplo, los trabajos de tesis: González Muñiz, 2005; Bolaños, 2007; Rettig, 2008; Díaz Perera, 2008; Sámano Verdura, 2010; García Murcia, 2008 y 2013; Moszowski, 2010 y 2015.

La idea de la consolidación de una tradición mexicana —diferente a la europea— se basa en la consideración de la existencia de una comunidad que, para muchos autores, encontraba sustento teórico en las propuestas y proyectos de Manuel Gamio (como heredero de los postulados boasianos), que había consolidado la “antropología científica” —interdisciplinaria— desde los años revolucionarios con la Dirección de Antropología.⁸

Tales consideraciones, sin embargo, en aras de comprobar la existencia de una tradición académica de viejo cuño anclada en el padre de la antropología, Franz Boas, ignoran los proyectos y actores previos a Manuel Gamio, así como las rupturas epistémicas y vicisitudes de toda índole que implicó el largo proceso de consolidación institucional. Al observar sólo continuidades desde la gesta de un padre fundador, sabemos bien —porque la historia política nos lo enseñó— que se oscurece la riqueza histórica y se niega la posibilidad de la confluencia de las más distintas fuentes, tendencias y actores.

De tal suerte, esta genealogía omite los numerosos trabajos del resto de la comunidad mexicana sobre el lugar que debía ocupar la antropología en el concierto de las ciencias y en el aparato de Estado. La concepción integral de las disciplinas guiaba las propuestas de investigación y de docencia de buena parte de los profesores del Museo desde principios de siglo. Así lo expresaron Andrés Molina al hablar sobre la jerarquización de las ciencias y Jesús Galindo en relación a la importancia de los museos y, en particular,⁹ del Museo Nacional; y así lo llevaron a la práctica Nicolás León en su estudio sobre los popolocas a inicios del siglo y —posteriormente— Andrés Molina Enríquez en Jilotepec en la década de los años treinta.¹⁰

También ignoramos las divergencias teóricas entre Boas y Gamio,¹¹ así como el prolongado retiro de éste último de la academia mexicana (entre 1924 y 1940 aproximadamente) que impidió que pudiera dar continuidad a sus proyectos de antropología integral.¹² Así mismo, está pendiente un análisis puntual sobre el desarrollo de la propuesta integral de los profesores del Museo Nacional en las dos décadas previas al INAH, pues tal parece que además de los trabajos de León y Molina referidos arriba, no hubo continuidad alguna.

Omitimos también que, si bien para la trayectoria de las dependencias ocupadas de la investigación arqueológica su integración en el INAH junto con la antropología resultaba un evento afortunado que favorecía la consolidación de la centralización de la investigación y de la custodia del patrimonio arqueológico e histórico, para la actividad indigenista y al interior de la Secretaría de Educación Pública (SEP) este suceso no resultaba tan relevante. Desde los primeros años de la década de

8. En esta tesitura, Guillermo de la Peña propuso que Gamio era un “intermediario cultural” de los planteamientos teóricos de Boas en México. Véase De la Peña (1996: 41-81).

9. Véanse al respecto los siguientes textos: Rutsch, 2000: 314-316; 2001: 95-98; y 2007. Cabría matizar la apreciación de Rutsch sobre la oposición entre esta concepción integral y la “monumentalista” supuestamente sostenida por la Inspección de Monumentos, reconociendo que aún carecemos de estudios detallados sobre las labores y propuestas de esta institución y de su cabeza principal, Leopoldo Batres, así como de las coincidencias que éste último pudo haber tenido con su sucesor inmediato, Francisco Rodríguez.

10. Sobre el estudio de Molina, véase López Hernández (2015: 29-80).

11. Al respecto, véase el interesante análisis de Urías Horcasitas (2001: 209-248).

12. Sobre el destierro de Gamio, destaca el trabajo de Urías Horcasitas (2002: 93-121).

los veinte la Secretaría había impulsado proyectos e instituciones (con Moisés Sáenz, Carlos Basauri y Enrique Corona, entre otros) para abordar la cuestión indígena, como la Casa del Pueblo, la Casa del Estudiante Indígena y las Misiones Culturales. Para la década de los años treinta ya se habían impulsado los proyectos pilotos en la Meseta Tarasca y en el Valle del Mezquital, y aparentemente había todo un programa completo para la investigación antropológica con fines de aplicación política. Siguiendo esta tendencia, desde su creación en 1936 el Departamento de Asuntos Indígenas (DAI) centralizó la toma de decisiones en torno a las poblaciones indígenas.¹³ Si bien en un primer momento, los antropólogos no tuvieron cabida en este último proyecto, en su etapa final fueron ellos quienes lideraron las decisiones en el organismo cardenista.¹⁴ En este sentido, la creación del INAH como institución dedicada a esas mismas investigaciones, que además conjuga la actividad arqueológica, no resulta del todo clara. No conocemos cuál era el objetivo de esta aparente duplicidad de funciones al interior de la SEP ni quiénes fueron los promotores. Tampoco cómo se integraron las funciones del INAH en el ámbito antropológico y, sobre todo, arqueológico, a los proyectos ya desarrollados en la SEP; ni cómo ocurrió el desplazamiento del sector educativo en el tratamiento de la población indígena, o cuáles fueron las consecuencias de las políticas aplicadas por el DAI en el desarrollo que, en paralelo, estaba sorteando la antropología; o por qué la creación de un área especializada en antropología en el INAH se consiguió hasta 1958.¹⁵

Otro de los puntos que ha quedado oscuro desde las interpretaciones de corte general, ha sido el lugar que ocupó la arqueología en el proyecto de creación del INAH. Suponemos que, por un lado, México ha destinado grandes esfuerzos a la investigación arqueológica (y luego, a la conservación del patrimonio) al menos desde el siglo XIX, debido a que la historia prehispánica se consideraba parte de la gloriosa historia nacional. Este uso ideológico y político del pasado fue modificado tras la Revolución Mexicana y la antropología aplicada colocó al “indio vivo” por encima de los restos prehispánicos.

Sin embargo, tales suposiciones no han sido analizadas con detalle. Las investigaciones arqueológicas, allende a lo realizado por Gamio en el Valle de Teotihuacán, se integraron a investigaciones interdisciplinarias —o de carácter holístico, como se les llamó en su momento— al menos en tres ocasiones: en la expedición convocada por la Secretaría de Fomento para identificar las estrategias que terminarían con la plaga de langosta en 1928, en la Comisión Científica del Sureste y en la John

13. Son numerosos los trabajos sobre estos proyectos e instituciones. Véanse, por ejemplo, Dawson, 2004; Fuentes, 1986; y Loyo, 1999. No obstante, queda pendiente la reflexión sobre la participación de la antropología y sus vínculos con el ámbito educativo. Si bien en un trabajo reciente Luis Vázquez León (2014) integra la compilación trabajos de educadores como Moisés Sáenz, no repara en las implicaciones de la confluencia entre educación y antropología para la historia disciplinar de cada campo.

14. Luis Chávez y Orozco recuerda que fue suya la idea de integrar a los antropólogos (nacionales y extranjeros) al Departamento. Véase Wilkie y Monzón Wilkie (1995). Véase también un análisis al respecto en López Hernández (2013: 47-74).

15. Es hasta ese año cuando se brinda un presupuesto para la creación de un Departamento de Antropología. Véase Secretaría de Hacienda y Crédito Público de México (1958: 81 y 82). Julio César Olivé y Francisco González Rul (1988: vol 7, 207) consideran que en un inicio se pretendía que el INAH y el DAI mantuvieran una estrecha colaboración, pero que ello no se logró por el cambio ocurrido a raíz de la salida de Cárdenas de la presidencia.

Geddins Gray Memorial Expedition, organizada por la Tulane University y la SEP. En estos proyectos no sólo participaron miembros de las comunidades educativa, arqueológica y antropológica, sino también de la clase política y periodistas, y está pendiente un análisis puntual que dé cuenta de su desarrollo y de su posible repercusión en la creación del INAH y en la agenda de cada una de las disciplinas involucradas.¹⁶

Por otro lado, los proyectos netamente arqueológicos desarrollados en estos años, como los realizados en Tenayuca, Cholula, El Tajín, Tzintzuntzan y Monte Albán, no muestran preocupaciones de índole indigenista y la trayectoria epistémica de la arqueología en estas décadas no parece tender puentes teóricos con la antropología.¹⁷ De tal suerte, si la consolidación del INAH implicó la implantación del proyecto de una antropología unificada (que integraba el saber arqueológico), nos resta conocer, entre otros aspectos, la forma en que se vislumbraba la participación de la arqueología en este proyecto y en el de reincorporación indígena nacional, así como las implicaciones que ello tuvo para la investigación arqueológica. Asimismo, sería posible indagar si estas modificaciones involucraron cambios en la narrativa sobre el pasado prehispánico o en la pertenencia y uso del patrimonio, y de qué tipo fueron, así como analizar los debates y acuerdos de los actores que participaron en la planificación de este proyecto.

Finalmente, la profesionalización de las disciplinas antropológicas también deja latentes varias interrogantes.¹⁸ Su nacimiento en el seno de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional sugiere un fuerte vínculo con el desarrollo de la medicina rural, impulsada en este espacio por Daniel Rubín de la Borbolla, que tendió los vínculos entre la naciente escuela y los proyectos del Departamento de Asuntos Indígenas para impulsar la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas, así como la idea de crear una filial del Instituto Indigenista Interamericano. Sin embargo, este perfil indigenista de la Escuela durante sus primeros años no impidió la propuesta de generar un programa que encontrase en la historia y las ciencias de la tierra el eje de la institución, mismo que no encontró cabida cuando al poco tiempo fue integrada al INAH.¹⁹ Las razones de esta integración así como los intereses de las numerosas instituciones de Estados Unidos que se arraigaron en el territorio mexicano para impulsar diversos proyectos antropológicos y arqueológicos son todavía cuestiones pendientes que deben dejar de observarse como la mera influencia de la potencia económica sobre América Latina.²⁰

16. Parte de los resultados de estos proyectos se encuentran en Palacios, 1928; Basauri, 1931; y Rosado Vega, 1940.

17. Los informes de estos trabajos se encuentran en el Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología del INAH (ATA-INAH). Sobre Monte Albán, además, se puede consultar la documentación resguardada en el Fondo Alfonso Caso de la Biblioteca "Juan Comas" del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la UNAM.

18. Sobre la complejidad de los años previos a la creación de la ENAH, véase Wachter (09, 2016).

19. Véase Rubín de la Borbolla (s.f.).

20. Numerosos autores, como Kemper (2011: 209-241), coinciden en que la antropología de este periodo debe sus fundamentos teóricos a los estudiosos estadounidenses, aun cuando reconocen los esfuerzos de la comunidad mexicana. Véase Medina (2015: 52-120; 2015a: 205-274). Sin duda, la presencia de la comunidad de Estados Unidos fue de gran relevancia, pero me parece que es indispensable observar con mayor detalle la participación de la comunidad mexicana (en el sector antropológico, educativo, jurídico, etc.), tanto para valorar sus aportes como para observar las coincidencias y posibles divergencias entre cada uno de los proyectos.

Reflexión final: memorias desde el presente

Es cierto que indagar en la profundidad de estas historias locales sobre el desarrollo de nuestra antropología no resuelve el problema destacado por Vessuri sobre la universalidad del conocimiento versus la tradición local. La sombra del centro científico poderoso que emana su luz radiante a las periferias científicas (como nuestro país) aún es un fantasma que quita el sueño en varios rincones de la historia de la ciencia en general, y la antropología no escapa a ello.²¹ Es posible que, como señala Vessuri, sea necesario recurrir a las comparaciones que develen cuáles elementos de la ciencia son universales y cuáles son de índole local para estar en condiciones de analizar cuáles y de qué tipo son las relaciones que se establecen entre las llamadas “ciencias nacionales”. O más aún, quizá deberíamos comenzar a debatir si realmente existe una tradición mexicana (antropológica y arqueológica) y cuáles son sus fundamentos epistémicos y de organización social.²² Porque sigue siendo pertinente la crítica y la invitación de Llobera:

[...] el papel del verdadero historiador de la antropología debe actuar de forma similar al antropólogo de campo. Ambos cotejan genealogías y ambos deben saber que dichas genealogías no pueden darse por válidas directamente. En tanto que ideologías, las genealogías no se han creado para explicar la historia sino para justificar la estructura del presente (Llobera, 1990: 24).

Tal vez sea necesario dejar de pensar en la historia de nuestra institución como un acto natural de desarrollo y regresar la mirada a la propuesta de Paolo Rossi: tejer como las arañas cuidadosamente el entramado de hilos teóricos de la antropología mundial, mientras trabajamos con tesón como las hormigas para recopilar datos y detalles que puedan rellenar los huecos de nuestras construcciones teóricas (Rossi, 1990). Será entonces menester buscar el justo equilibrio entre el historicismo externalista y el internalismo epistemológico y, a la vez, generar una reflexión que trascienda el carácter coyuntural para insertar las narrativas de nuestras disciplinas en el seno de nuestras reflexiones cotidianas.

Es menester asimismo, recordar —como otros ya lo han hecho antes— la ausencia de un proyecto en el INAH que inserte en su agenda la integración de un reservorio de la historia de esta institución que permita y propicie las investigaciones en este ámbito. Tratándose de una instancia que tiene entre sus objetivos investigar sobre el pasado de la nación y sus integrantes, no deja de ser lamentable que no integre a tan digno objetivo la reflexión sobre su propia trayectoria.

Finalmente, será necesario revitalizar nuestro ejercicio de memoria. El ethos mertoniano bajo el cual fundamentaron sus historias nuestros mentores hace ya medio siglo puede verse comple-

21. Véase, por ejemplo, la interesante reflexión de Carlos López Beltrán (1997: 19-32).

22. Evidentemente no puede hacerse una distinción entre el contenido epistémico y el social de una práctica científica. Sin embargo, lo señalo de esta forma para destacar ambos componentes de la ciencia. Al respecto, me parece que la propuesta filosófica del pragmatismo puede brindar elementos importantes para sortear los problemas insertos por el historicismo y, en particular, por Thomas Kuhn.

mentado o modificado con los intereses de nuestro propio tiempo. Como refiriera NirBaram en una entrevista radiofónica el pasado 16 de mayo de 2014:²³ “La buena novela histórica habla sobre el pasado pero tiene que ver con el presente... parte de las preguntas del hoy”. Así, si se me permite la analogía, ésta es una invitación para que hagamos “buena novela histórica” y saquemos las fotos del álbum del pasado para refrescar las preguntas inmersas en nuestro presente.

Bibliografía

- Arboleyda, Ruth, et al. (2003). “INAH, Tiempo y Nación. El Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de sus disciplinas, actores y proyectos”. *Diario de Campo* [Suplemento núm. 30], 69, p. 2 – p. 8.
- Basauri, Carlos (1931/1998). *Tojolabales, tzetzales y mayas. Breves apuntes sobre antropología, etnografía y lingüística* [facsimilar de la 1ª ed.]. Ciudad de México: Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas [Colección Facsímil].
- Bolaños, Víctor Hugo (2007). *La arqueología como ciencia en México: Una mirada a la disciplina a través del conflicto Leopoldo Batres - Manuel Gamio en la historia de la arqueología* (Tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987). *México profundo: una civilización negada*. Ciudad de México: SEP-CIESAS.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Comas, Juan (1964). *Trayectoria de la antropología social aplicada en México*. Ciudad de México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Dawson, Alexander (2004). *Indian and Nation Revolutionary Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press.
- De la Peña, Guillermo (1996). “Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana”. En Rutsch, Mechthild (comp.). *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión* (p. 41 – p. 81). México: UIA-Plaza y Valdés-INI.
- Díaz Perera, Miguel Ángel (2008). *De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad* (Tesis de Doctorado en Historia). Centro de Estudios Históricos - El Colegio de Michoacán, Morelia.
- Fuentes, Benjamín (comp.) (1986). *Enrique Corona y la educación rural*. Ciudad de México: Ediciones El Caballito-EP.
- Galindo y Villa, Jesús (1922). *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología: Breve reseña*. Ciudad de México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.
- García Mora, Carlos y Mercedes Mejía (coords.). *La antropología en México. Panorama histórico [vol. 7]. Ciudad de México: INAH* [Colección Biblioteca].
- García Murcia, Miguel (2008). *Emergencia y delimitación de la antropología física en México. La construcción de su objeto de estudio, 1864-1909* (Tesis de Maestría en Historia). Facultad de Filosofía y Letras – UNAM, Ciudad de México.

23. Entrevista realizada por Leonardo Curzio durante el programa *Enfoque* del 16 de mayo de 2014.

- _____ (2013). *Profesionalización de la antropología física en México: la investigación, las instituciones y la enseñanza (1887-1942)* (Tesis de Doctorado en Historia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- Giraud, Laura (2008). *Anular las distancias. Los gobiernos posrevolucionarios en México y la transformación cultural de indios y campesinos*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- González Muñoz, Eduardo (2005). *Dimensiones axiológicas en la constitución de la otredad cultural como objeto de conocimiento* (Tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- Guevara Fefer, Rafael (2014). *El uso de la historia en el quehacer científico: una mirada a las obras del biólogo Beltrán y del fisiólogo Izquierdo*. Ciudad de México: UNAM.
- Guevara Fefer, Rafael y Haydeé López (2014). "Historia y tradición artificial. *La historia de la antropología de Juan Comas*". *Con-temporánea. Primera Época*, 1(2). Recuperado de <http://con-temporanea.inah.gob.mx/node/50>
- Hernández de León Portilla, Ascensión (1978). "Testimonios. Juan Comas". En *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, (p. 195 – p. 211). Ciudad de México: UNAM.
- Kemper, Robert (2011). "Estado y antropología en México y Estados Unidos: Reflexiones sobre los Proyectos Tarascos". *Relaciones*, xxxii(128), p. 209 - p. 241.
- Krotz, Esteban (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Ciudad de México: UAM-IZTAPALAPA-FCE.
- León, Nicolás (1919). "Historia de la antropología física en México". *American Journal of Physical Anthropology*. II (3), p. 229 – p. 264.
- Llobera, Josep (1980). *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*. Barcelona: Anagrama.
- López Beltrán, Carlos (1997). "Ciencia en los márgenes: Una reconsideración de la asimetría centro-periferia". En Rutsch, Mechthild y Carlos Serrano (eds.). *Ciencia en los márgenes, Ensayos de historias de las ciencias en México* (p. 19 -p. 32). Ciudad de México: IIA-UNAM.
- López Hernández, Haydeé (2013). "De la gloria prehispánica al socialismo. Las políticas indigenistas del Cardenismo". *Cuicuilco*, 57, p. 47- p. 74.
- _____ (2015). "¿Antiguos, civilizados o marginados? Las miradas en torno al otomí en la primera mitad del siglo xx". En López Aguilar, Fernando y Haydeé López Hernández (eds.). *Identidad y territorio entre la Teotlalpan y la provincia de Jilotepec* (p. 29 - p. 80). Pachuca de Soto: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del estado de Hidalgo.
- _____ (2016). *Los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios*. Ciudad de México: INAH [Colección Historia, Serie Sumaria].
- López Hernández, Haydeé y Elvira Pruneda Gallegos (2015). "Dimes y diretes: polémicas sobre la práctica arqueológica en México". *Trace*, 67, p. 39 - p. 61.
- Loyo, Engracia (1999). *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*. Ciudad de México: Colmex.

- Medina, Andrés (2015). "La cosmovisión mesoamericana. La configuración de un paradigma". En Gámez Espinosa, Alejandra y Alfredo López Austin (coords.). *Cosmovisión mesoamericana. Reflexiones, polémicas y etnografías* (p. 52 - p. 120). Ciudad de México: Colmex-Fideicomiso Historia de las Américas-fce-buap.
- _____ (2015a). "Antropología y geopolítica. La Universidad de Chicago en los Altos de Chiapas: el Proyecto *Man-in-Nature* (1956-1962)". En Medina, Andrés y Mechthild Rutsch (coords.). *Senderos de la Antropología. Discusiones mesoamericanistas y reflexiones históricas* (p. 205 - p. 274). Ciudad de México: INAH-UNAM.
- Medina, Andrés y Mechthild Rutsch (coords.) (2015). *Senderos de la Antropología. Discusiones mesoamericanistas y reflexiones históricas*. Ciudad de México: INAH-UNAM.
- Molina Enríquez, Andrés (1935/1990). *Clasificación de las ciencias fundamentales* [facsimilar de la 2ª ed.]. Ciudad de México: INAH.
- Moszowski, Aäron (2010). *Los ojos imperiales de un coleccionista mercenario: Carl Sofus Lumholtz y "El México desconocido"* (Tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- _____ (2015). El diablo y Michael Taussig. *La arquitectura filosófica de la antropología contemporánea* (Tesis de Doctorado en Filosofía de la Ciencia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- Olivé, Julio César y Francisco González Rul "Instituto Nacional de Antropología e Historia", en Carlos García Mora y Mercedes Mejía (coords.). *En La antropología en México. Panorama Histórico* [vol. 7, p. 206 - p. 239]. Ciudad de México: INAH [Colección Biblioteca].
- Olivera, Mercedes, et al. (s.f.). *De eso que llaman antropología mexicana*. Ciudad de México: Comité de Publicaciones de los Alumnos de la ENAH.
- Palacios, Enrique Juan (1928). *En los confines de la selva lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas. Mayo-Agosto 1926*. Ciudad de México: Talleres Gráficos de la Nación.
- Pereznieto Castro, Leonel (ed.) (1980). *In Memoriam Juan Comas Camps (1900-1979)*. Ciudad de México: UNAM.
- Rettig, David (2008). *Los planes de estudio de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y sus transformaciones (1964-2006): Una reflexión sobre la nueva propuesta curricular* (Tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia). Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Ciudad de México.
- Rosado Vega, Luis (1940). *Un hombre y un pueblo. El territorio de Quintana Roo, su historia desde los tiempos más lejanos y la obra fundamental de su gobernador actual, Gral. Rafael Melgar*. Ciudad de México: Mijares y Hnos. Impresores.
- Rossi, Paolo (1990). *Las arañas y las hormigas*. Barcelona: Crítica.
- Rubín de la Borbolla, Daniel (s.f.). *Proyecto para la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Antropológicas, Geográficas e Históricas del Instituto Politécnico Nacional de la Secretaría de Educación Pública*. Ciudad de México: IPN.
- Rutsch, Mechthild (comp.) (1996). *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*. México: UIA-Plaza y Valdés-INI.

- _____ (2000). "Enlazando el pasado con el presente: reflexiones en torno a la enseñanza de la antropología en México (Parte I)". *Ciencia Ergo Sum*, 7(3), p. 314 - p. 316.
- _____ (2001). "Enlazando el pasado con el presente: reflexiones en torno a la enseñanza de la antropología en México (Parte II)". *Ciencia Ergo Sum*, 8(1), p. 95 - p. 98.
- _____ (2007). *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. Ciudad de México: INAH-UNAM.
- Rutsch, Mechthild y Carlos Serrano (eds.) (1997). *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*. Ciudad de México: UNAM.
- Rutsch, Mechthild y Mette Marie Wachter (2004). *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México: INAH [Colección Científica 467].
- Sámano Verdura, Karina (2010). *Hacia la construcción de un estereotipo del indigenismo mexicano, 1890-1920. La fotografía y las investigaciones etnográficas de Alês Hrdlika, Frederick Starr, Carl Lumholtz, León Diget, Nicolás León y Manuel Gamio* (Tesis de Maestría en Humanidades). UAM- Iztapalapa, Ciudad de México.
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público de México (1958). *Presupuesto general de egresos de la federación 1958*. México: SHCP.
- Urías Horcasitas, Beatriz (2001). "Franz Boas en México, 1911-1919". *Historia y gráfica*, 16, p. 209 - p. 248.
- _____ (2002). "Las ciencias sociales en la encrucijada del poder; Manuel Gamio (1920-1940)". *Revista Mexicana de Sociología*, 64 (5), p. 93 - p.121.
- Vázquez León, Luis (2003). *El leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*. Ciudad de México: CIESAS-Porrúa.
- _____ (2014). *La historia de la etnología. La antropología sociocultural en México*. Ciudad de México: Primer Círculo.
- Vessuri, Hebe (1994). "¿Estilos nacionales en ciencia?". *Quipu*, 11(1), p. 105-p. 106.
- Wachter, Mette Marie (09, 2016). *La arqueología como historia. Enseñanza de las disciplinas antropológicas en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad*. Ponencia presentada en el XXI Simposio Román Piña Chan en el Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México.
- Wilkie, James y Edna Monzón Wilkie (1995). *Frente a la Revolución Mexicana 17 protagonistas de la etapa constructivista* [vol. 1, p. 87]. Ciudad de México: UAM [Serie Historia, Cultura Universitaria].